

## Final de una larga tortura

## Un día en la «cárcel del pueblo»

Emiliano Revilla se ha marcado durante estos ocho meses una rutina diaria para no volverse loco. Procuraba cansarse durante el día para poder dormir durante las noches. Por eso, calcula que habrá recorrido unos 2.000 kilómetros a base de caminar hacia adelante y hacia atrás en la habitación de dos por dos metros en la que permaneció recluso.

Además de caminar, Revilla ha empleado parte de su abundante tiempo en desarrollar una afición nueva: la pintura. Ha vuelto a su casa con unas láminas «que nos han dejado impresionados a todos» según la familia. Los dibujos, realizados con lápices de colores, muestran paisajes y diversos motivos, incluso toreros.

Los secuestradores le han impedido leer pero no escribir. Revilla ha redactado numerosas notas y apuntes de su cautiverio, memorias que le han sido retenidas por los terroristas puesto que tuvo con ellos conversaciones sobre «infinidad de temas» e incluso jugó a las cartas.

Las comidas han sido variadas y bien condimentadas, aunque en su mayoría conservas. Para Revilla, los etarras eran unos «excelentes cocineros».

## Corcuera duda que la banda terrorista haya cobrado rescate por el industrial

El ministro del Interior reitera que no habrá diálogo con ETA

Bilbao. Juan Delgado

El ministro del Interior, José Luis Corcuera, declaró en Bilbao, donde asistió a los funerales por la última víctima de ETA, que sigue teniendo sus dudas respecto a que el rescate exigido a la familia Revilla haya llegado a manos de la banda. Corcuera subrayó que «con muertos no existe ninguna posibilidad de dialogar con quienes no renuncian a seguir poniendo bombas, a asesinar niños o a utilizar los métodos más gangsteriles».

José Luis Corcuera ratificó las manifestaciones que efectuó en Avila el pasado sábado en el sentido de que no consta en su Departamento que el dinero de los Revilla hubiese llegado a la «cúpula» etarra. «No nos constaba —añadió— el pago de un rescate, pero junto a eso la familia decía reiteradamente que había cumplido todas las exigencias. Ustedes recordarán que yo mostraba mis dudas; las sigo teniendo.» «Siempre he señalado —agregó— que comprendo la actitud de la familia, porque creo que es comprensible, pero también he tratado de hacer comprender, y creo que los ciudadanos así lo entienden, que la obligación del Ministerio del Interior y de las Fuerzas de Seguridad del Estado es intentar evitar que lleguen a la organización terrorista medios con los que poder seguir matando. Y no rectifico esa afirmación que hice en su momento.»

El titular de Interior, que en su conversación con los periodistas se refirió constantemente a la procedencia humilde de la última víctima de ETA, mostró su alegría por la libe-

ración de Revilla, al tiempo que su tristeza por el asesinato de «un servidor del orden».

Más adelante, al ser interrogado por la capacidad operativa de ETA tras la inyección económica que supone el rescate, en caso de que se confirme, volvió a negar la vía de la negociación. «ETA —precisó— sigue teniendo capacidad de matar. Pero cada vez más las Fuerzas de Seguridad del Estado actúan con mayor eficacia y el pueblo vasco rechaza de forma más contundente los asesinatos, por lo que estamos en mejores condiciones de vencer este combate que injustificablemente ETA mantiene con una sociedad democrática.» Señaló que está convencido, «al igual que la mayoría de los partidos políticos vascos», de que el modo de solucionar el clima de violencia que ha sembrado la organización terrorista no es de ninguna manera con negociaciones políticas, «porque los ciudadanos de esta Comunidad ya han dicho que quienes tienen poderes para negociar son los partidos representados en el Parlamento».

## «Así encontré a Emiliano Revilla»

Madrid

La periodista María José Sáez Carrasco fue la primera persona que habló con Emiliano Revilla tras su liberación, según relata ella misma a través de una crónica difundida por la agencia Efe. María José Sáez cuenta así su experiencia en la madrugada del feliz desenlace:

«Eran las dos y cinco minutos de la madrugada y, como muchas otras noches, me encontraba sentada en mi viejo Simca 1200 en la puerta del edificio donde vive la familia Revilla. Hacía buena noche y había bastante gente andando por la zona de la plaza de Cristo Rey. Yo me entretenía tomando un batido cuando miré por el parabrisas distraidamente y me dio un salto el corazón. Emiliano Revilla estaba allí.

Por un instante dudé. Me froté los ojos. Volví a mirar fijamente y confirmé que era él. Emiliano Revilla atravesaba en ese momento el paso de peatones de la calle San Francisco de Sales y después se dirigió hacia el portal de su casa, donde hizo el típico ademán de quien busca las llaves de casa y, al no encontrar-

las, duda en llamar al portero automático de su edificio.

Para mí ya no existía duda posible. Me acerqué hasta él y le pregunté cortésmente si era familiar de Emiliano Revilla. Me miró y, con un gesto de asombro, me preguntó quién era. Cuando me identifiqué, me dió un fuerte abrazo.

El diálogo fue más o menos así:

—¿Perdone que le moleste. Buenas noches. Es usted familiar de Emiliano Revilla?

—Sí. ¿Quién eres? —me dijo al tiempo que asentía con la cabeza y sonreía.

—Me llamo María José Sáez, soy periodista, y estaba deseando que llegara este momento...

Y me dio el abrazo. Yo no sabía qué decirle; en esos momentos tenía en mis manos la noticia de mi vida, pero Emiliano Revilla lo hizo todo fácil. Antes de que llamara al telefonillo de su piso tenía que hacerle algunas preguntas. Me tenía que contar cómo había sido todo, pero al mismo tiempo, por dentro, me decía a mí misma que tenía que respetar a aquel hombre impaciente por abrazar a su familia, ahora tan cercana.

Su lucidez era completa, sin muestras de aturdimiento. En seguida comenzó a contarme pequeños detalles de su secuestro con una elocuencia para mí admirable en una persona que acababa de pasar más de ocho meses de secuestro. Apuntándose a sí mismo con el dedo índice me decía: «Mira lo bien que estoy. Me encuentro perfectamente.»

En efecto, su estado físico era excelente, así como su estado psíquico, al menos aparentemente. Pulcro y bien vestido, lo que más me llamaba la atención era su sonrisa continua y plena. Le acompañé a una cabina telefónica en lugar próximo, en donde nos pusimos en contacto con su familia. La llamada telefónica la hice yo misma, y el teléfono del que disponía comunicaba. Emiliano, sin dudarle, me dio otro número, en el que contestó su yerno, Jesús Álvarez.

Saludé a Jesús, a quién ya conocía de muchas conversaciones mantenidas en la puerta de la casa durante la larga espera:

—Jesús, tengo algo para tí. Baja lo antes posible —le dije.

—¿Tiene que ser ahora mis-

mo? —me respondió un tanto desconcertado.

—Sí, Jesús, ahora mismo, ya mismo —le insistí, mientras Emiliano me miraba sin decir palabra alguna. Era como si se estuviera reservando en toda su intensidad la gran sorpresa.

En pocos minutos, Jesús Álvarez acudió al lugar que le señalé. Al principio, cuando se encontraba aún a unos cincuenta metros, andaba pausadamente. Emiliano, a esa distancia, dudó de si quien se acercaba era su yerno porque me dijo: «No veo muy bien de lejos.»

«¡Pero bueno, Dios mío...!», fueron las únicas palabras que supo decir Jesús antes de fundirse en un fortísimo abrazo con su suegro. Algunas personas pasaron por nuestro lado sin percatarse de lo que allí estaba ocurriendo. Jesús llamó entonces desde la misma cabina a su esposa, Margarita. Nos acercamos al domicilio y entramos en él.

Allí estaba esperando Margarita, que con intensa emoción abrazó a su padre y se cogió a su brazo para dirigirse hasta el ascensor, en el que subimos al tercer piso. Emiliano Revilla ya estaba en casa.